

Errores, aciertos y ladrillos



Javier Domínguez
Ingeniero de Telecomunicación

Hace tiempo leí, no recuerdo dónde, que los errores han sido más importantes que los aciertos en el progreso científico. En general, la historia transmite la idea de que el edificio actual se fue construyendo a partir los éxitos, ignorando el impacto de los fracasos en el progreso. Si somos honestos tendremos que reconocer que detrás de nuestros aciertos siempre hubo equivocaciones que nos enseñaron cómo avanzar y acertar.

En la última evaluación de la Comisión Europea (<http://trend-chart.cordis.lu>) sobre el comportamiento innovador de los Estados miembros (*European Innovation Scoreboard 2005*, o Consejo de Innovación Europea 2005), España ocupa un lugar en el grupo de los más atrasados o “países en retroceso”. Esta posición está principalmente motivada por el pésimo resultado obtenido en los indicadores que reflejan el esfuerzo de las empresas privadas: en la inversión en

I+D, en el número de patentes registradas, en el gasto en tecnologías de la información y comunicación (TIC) y en la formación juvenil.

No puedo evitar preguntarme si detrás de este cuadro tan decepcionante no subyace una mentalidad empresarial que ignora que, en el proceso innovador, hay que asumir la posibilidad de equivocarse como instrumento de aprendizaje para alcanzar el éxito. Resulta mucho más fácil apostar por lo que es un ganador seguro y encontrar un lugar al sol mediante la guerra de precios, la publicidad equívoca o el obstruccionismo legal.

No piensen que propongo incluir entre los indicadores que sirven para comparar la capacidad innovadora, el número de proyectos o ideas fracasadas. Eso queda para la intimidad de las empresas y para los casos que se debatan en las escuelas de negocio. Nadie está obligado a flage-

larse públicamente ni a poner las dos mejillas para que le abofeteen los analistas de inversiones.

Nuestro potencial innovador mejoraría si en la cultura empresarial se flexibilizara la estrategia de mínimo riesgo y de tolerancia cero con la equivocación, y se asumiera el error como una posibilidad enriquecedora. Sin olvidar que también es fundamental acertar al equivocarse en aquello que hace falta, sin ser víctimas del humo de muchas iniciativas.

En la sociedad española actual el *ladrillo* es el símbolo de la preferencia inversora, por su evocación a la seguridad y tangibilidad. Habrá que inventar y saber vender la imagen de la sociedad de la información construida a base de *ladrillos*, con un horizonte salpicado de promociones y “empresas piloto” que muestren la eficiencia y el “comfort” (bienestar) que las TIC ofrecen a quien apueste por su utilización.

Al margen de metáforas y de símbolos, hay que suscitar en los empresarios escépticos la preocupación de que pueden quedarse fuera de la nueva sociedad si no aceptan el reto de implicarse en el saludable ejercicio de “ensayo – error – éxito” que les permita conocer y evaluar el interés de las nuevas tecnologías. ♦